

La marquesa adivinó las terribles angustias de su hija.

—Roger ha podido desistir de sus pretensiones en presencia de la deshonra que, al caer sobre una parte de nuestra familia cae sobre nosotros. Sin embargo, mantiene su palabra. Por eso te hablo de este asunto. Decide de tu suerte. ¿Qué debo contestarle?

—Decidle que seré su mujer, contestó Nicolasa sonriendo.

## XI.

### Correspondencia

La señorita de Fonterose no almorzó aquel día con su madre y los huéspedes del castillo.

Después del sacrificio que había hecho, necesitaba estar sola.

Cuando la puerta de su cuarto se cerró detrás de la marquesa de Fonterose, permaneció inmóvil en el lecho, como si hubiera sido víctima de un accidente de catalepsia.

Bien diferentes eran los sentimientos que agitaban á los huéspedes de la marquesa, reunidos en el comedor del castillo.

El general estaba vencido, completamente vencido, por los encantos de la señora Simonet.

Decididamente la entregaría el gobierno de su casa.

Máximo y la vizcondesa habían acabado también por entenderse.

No era imposible que en un plazo más corto ó más largo cambiase la vizcondesa su título por el de condesa.

Los Fontrailles se habían reconciliado.

La vida del campo hace milagros.

Solo el capitán Estrelles estaba de mal humor, y por más esfuerzos que hacía, no podía ocultarlo.

—¿En qué pensáis? le preguntó el general. Vuestra cara me recuerda la de Ótelo.

El capitán meditaba su desquite, y no sabía cómo obtenerlo.

Hubiera querido tener á Santa encerrada entre cuatro paredes, para hacerla expiar la humillación que le había impuesto su hermano.

El capitán tenía la hiel en el corazón.

No se perdonaba ni se perdonaría nunca que Santa se hubiera salvado de su amor.

Roger, en cambio, estaba radiante de alegría.

La marquesa le había participado oficialmente el consentimiento de su hija.

La fortuna volvía á sonreírle.

Y á su luz se desvanecían todas sus preocupaciones.

¿Qué le importaba Juana? ¿Qué le importaba Nico-

lasa? Su único objeto era volver á presentarse en Paris con el lujo de un príncipe para confundir á sus amigos y deslumbrar á sus queridas.

Cuando, después de medio día, Nicolasa bajó al jardín, donde se paseaban los huéspedes de Santa Gilda, Roger se acercó á ella, la cogió la mano y se la llevó á los labios respetuosamente.

—Ambares, dijo el general, clava su bandera en las posiciones que ha tomado.

Nicolasa permaneció indiferente á las galanterías de Roger.

La marquesa no había anunciado la boda de su hija á sus huéspedes, pero todos estaban ya al corriente de lo que pasaba.

Hay noticias que se anuncian á sí mismas. Ambares recibió las felicitaciones de sus amigos.

Estaba de enhorabuena, porque la señorita de Fonterose era una alhaja engarzada en oro.

La marquesa, aunque fría y digna como siempre, estaba, como Roger, radiante de alegría interiormente.

Ambares era el marido que convenia á su hija.

Estaría bajo su dependencia. Al menos ella lo creía así.

Conocía en parte el mal estado de su fortuna. Pero no la espantaba Antes al contrario. Así le tendría mas sujeto.

Indudablemente, para razonar así, la marquesa

debía ignorar la gravedad de la ruina de su futuro hijo y sus verdaderas causas.

Roger la había demostrado una gran ternura y un gran respeto.

Esto es lo que más había lisonjeado á la marquesa, que necesitaba ejercer en alguièn su dominio.

Máximo se acercó á Roger, y le dijo:

—Has representado tu papel á las mil maravillas. Por fin entras en el puerto, y solo Dios sabe los vientos que se habían desencadenado contra tí. ¿Cuándo es la boda?

—Cuando quiera mi tía y futura suegra. Por mi parte procuraré que sea lo antes posible.

Interiormente Máximo estaba irritado contra Roger, por su infame conducta con Juana.

Todos estaban ciegos, y él, que era el único que podía hablar, no desplegaba los lábios dejando que se consumara aquella obra de iniquidad.

—El infierno está empedrado de buenas intenciones, dijo á la vizcondesa de Revilly.

—¿Por qué decís eso? le preguntó la vizcondesa.

—Por nada.

—¿Tenéis secretos para mí?

—Mas tarde lo sabreis.

—¿Y per qué no ahora?

—El deber sella mis labios.

La marquesa se proponía, en efecto, imprimir el mayor impulso á los preparativos para la boda de su hija.

Tenía montado un servicio de policía en sus dominios.

Sabía, no ya lo que decían, sino hasta lo que pensaban todos sus criados

A pesar de su carácter independiente y de sus costumbres caprichosas, Nicolasa era objeto de una vigilancia constante.

El intendente del castillo, señor Malo Briquebec, tenía sobornadas á todas las personas que la rodeaban.

Y por consiguiente, tenía noticia de todo lo que hacía, sin exceptuar sus misteriosas entrevistas con Coirentin.

Por él supo la marquesa lo que ocurría.

Durante la comida anunció á sus huéspedes el próximo enlace de su hija con Roger de Ambares.

Se verificaría al día siguiente de hechas las publicaciones legales, bendiciendo la unión de los dos jóvenes el señor obispo de la diócesis.

Terminada la comida, todos buscaron á Nicolasa para felicitarla; pero Nicolasa había desaparecido.

Mandaron á buscarla, y contestó que se hallaba ligeramente indispuesta.

Nicolasa, entre tanto, escribía esta carta:

*Nicolasa de Fonterose á Berta Richard:*

»Ya he dado el paso más difícil. Ya no tiene remedio. Yo misma me he dejado coger entre las mallas de la red que me tendían.

»¡Berta, mi querida, mi única amiga! Estoy triste, muy triste. Tengo ganas de llorar. Se me figura que he caído en el fondo de un abismo, del cual me sacarán muerta.

»¿Y por qué he cedido?

»Verdaderamente no lo sé.

»La voluntad de mi madre ha sido la gota de agua que acaba por taladrar la piedra.

»En fin, he consentido, y ya no puedo retirar mi palabra. Iré al sacrificio.

»No puedes figurarte la lucha que sostienen mis sentimientos unos contra otros.

»Tú no has pasado estas amarguras. Tú has sido siempre feliz.

»Estoy furiosa conmigo misma, con mi madre, con mi futuro marido, con todo el mundo.

»Esta mañana, si no me parecía simpático, al menos me era indiferente.

»Ahora le aborrezco.

»Y sin embargo, le pertenezco. He dado mi palabra y no la retiraré.

»¡Triste unión! ¡Porvenir más triste todavía!

»Ahora encuentro á Roger defectos de que no me había dado cuenta hasta esta mañana.

»Su mirada me parece falsa y su sonrisa hipócrita.

»Cuándo me cogió la mano para besármela, estuve á punto de darle un bofetón.

»¡Ah Berta mía! Este matrimonio destruye todas mis ilusiones. Mi corazón irá al altar vestido de luto.

»Figúrate que han ocurrido terribles acontecimientos. No basta el espacio de una carta necesaria para escribir un libro para referírtelos.

»No sé cómo no he perdido la cabeza.

»Se trata de muertes, de robos, de crímenes, en fin.

»Sólo puedo decirte que los Kerandal están deshonorados.

»En un raptó de locura, su madre, en la romería de Elven, y delante de todo el mundo, ha declarado que su marido había asesinado á su primo Noel Trelan.

»¡Y la hija de Noel estaba delante!

»La justicia se ha apoderado ya de este lamentable asunto.

»Cuando nos veamos te daré mas detalles de él.

»Como los Kerandal son parientes nuestros, su deshonra nos alcanza.

»Sin embargo, Roger ha tenido la delicadeza de no retirar su palabra.

»¿Es un rasgo noble?

»A mí no me ha conmovido. Tengo petrificado el corazón, si es que le tengo todavía.

»Compadéceme, Berta. Soy un barco desarbolado que va donde le quieren llevar las olas y el viento.

»Mi palafrenero Binic va á llevar esta carta á la estación del ferrocarril.

»Quiero que la recibas mañana al levantarte.

»Este es el estado de mi alma ¿No es verdad que la tengo enferma?

»Mi madre, aunque nolo demuestra, es completamente fel z. Mi determinación la ha llenado de júbilo.

»Temía que cometiera la tontería, así llama ella á los matrimonios, de casarme con Corentin por amor.

»Adios, Berta. El tren pasa á las once por Vannes y son las diez. Adios.

»NICOLASA.»

Nicolasa llamó.

—¿Está en el castillo Binic? preguntó á su doncella.

—Sí, señora. Está en las cocinas.

—Id á buscarle.

Mientras Susana fué á buscar á Binic, Nicolasa se puso á escribir esta segunda carta:

«Mi querida prima:

»Por la hermosura de vuestro rostro he comprendido la hermosura de vuestro corazón.

»La terrible desgracia que nos amenaza puede ser conjurada en parte por vuestra generosidad.

»Dentro de este pliego os remito los papeles de vuestro padre, que una especie de milagro ha puesto en mis manos.

»Por ellos podreis recuperar vuestra fortuna.

» Aunque soy extraña al acto culpable de que habeis sido víctima, quisiera repararlo en lo que me fuese posible.

» Si sabeis cuál era el importe total de la fortuna de vuestro padre, decídmelo, y lo que falte, lo abonaré yó.

» Es el ofrecimiento de una hermana, y espero que no lo rehusaréis.

» A los demás... perdonadlos.

» Hay en las familias fatalidades ante las cuales es preciso bajar la cabeza.

» Iré á veros.

» Entre tanto, os abraza vuestra prima que os ama.

» NICOLASA DE FONTEROSE »

Colocó dentro del sobre los papeles de Noel Trelan, y después de cerrarlo con lacre, escribió en la cubierta:

*Señorita Juana Trelan.*

*En la posada de El Condestable*

ELVEN.

Binic esperaba ya las órdenes de su ama.

— Ensilla el mejor caballo de la cuadra, Binic.

— Sí, señora.

— Oyeme bien.

— Sí, señora.

— Vas á ir á Vannes. ¿Cuánto tiempo necesitas?

— El que la señorita quiera.

— Es preciso que esta carta esté en Rannes á la hora de llegar el tren.

— Estará antes.

— Bien. Al volver pasa por Elven.

— Sí señorita.

— Vé á la posada de la señora Jacut. Si está cerrada, llama.

— Sí, señorita.

— Pregunta por la joven que está enferma.

— Sí, señorita.

— Y entrégala tú mismo esta carta. Dí á la señora Jacut que vas de mi parte y que se trata de papeles de importancia. Si la señora Jacut está durmiendo, haz que la despierten. ¿Me has comprendido? ¡Ah! Se me olvidaba. Si no puedes ver á la jóven enferma, da el pliego á la señora Jacut para que ella se lo entregue.

— Bien, señorita, contestó Binic.

— No te detengas, Binic,

Y alargándole la mano, añadió:

— ¡Qué bueno eres!

— No tanto como vos, señorita, balbuceó el palafrenero, besando la mano á Nicolasa con el respeto que hubiera besado una reliquia.

— Cuida de no perder las cartas en el camino.

—Antes perderé el pellejo.

Nicolasa respiró al ver salir á Binic.

He cumplido con mi deber, pensó. Tengo la conciencia tranquila.

Un cuarto de hora después, el veterinario Cahusac, que regresaba de Porninguez, en donde había bebido dos ó tres botellas de sidra, vió venir á lo lejos un caballo corriendo á todo correr.

Crejó que era un alma del otro mundo, y se arrimó al tronco de un árbol, temblando como un azogado.

El caballo pasó á su lado con la rapidez de un relámpago.

Iba montado por un hombre alto y grueso, que llevaba inclinada la cabeza sobre el cuello del generoso animal.

Apenas le perdió de vista, se santiguó, y echó á correr hácia Penhoet.

Cuando llegó á su casa, estaba desencajado.

—¿Qué tienes? le preguntó su mujer.

—He visto al diablo montado en un caballo negro. No les alcanzaba el viento. Alguna desgracia va á suceder.

Y se santiguó de nuevo.

*La señora marquesa de Fonterose á Monseñor de U.*

«Monseñor:

»La amistad con que vuestra reverencia me honra, y que tengo en alta estima, me impone el deber de comunicarle un acontecimiento que va á cambiar mi posición, aislándome en medio del mundo.

»Pierdo á mi hija única.

»El matrimonio me separa de ella.

»¡Cuánto trabajo me cuesta resignarme á esta separación!

»Sin embargo, me queda el consuelo de haber cumplido con mis deberes de madre, eligiéndola un marido educado en el temor de Dios.

»El marido que la destino es Roger de Ambares, de quien ya he hablado á vuestra reverencia.

»Su nobleza es tan preclara y tan antigua como la nuestra.

»Cuento con la promesa que me hizo vuestra reverencia de bendecir el matrimonio de mi hija.

»La ceremonia se verificará en la última quincena de Noviembre.

»El día lo fijará vuestra reverencia.

»Sólo tengo un consuelo.

»El consuelo de poder entregarme con más libertad á mis deberes religiosos y á las obras de caridad que vuestra reverencia me indique.

»Reciba vuestra reverencia el testimonio de mi mas sincero y respetuoso afecto.

»LA MARQUESA OLIMPIA DE FONTEROSE.

»P. D.—Vuestra reverencia habrá sabido por la voz pública las tristes noticias que circulan respecto á los Kerandal.

»Ignoro si tiene algún fundamento lo que se dice, pero celebro que los lazos de parentesco que nos unen sean tan remotos.»

Después de doblar y cerrar con lacre esta carta, la marquesa se acostó.

*Roger de Ambares á Moisés Blunner.*

»Amigo mío:

»Estoy á la orilla. Dentro de quince dias se celebrará mi matrimonio. Decididamente hay una Providencia para los calaveras.

»¡Una fortuna régial! ¡Una mujer encantadora! Mi felicidad es completa.

»Pero ¡cuánto trabajo me ha costado conquistarla!

»Podré recuperar todos mis bienes, ya con las

»economías de la marquesa, ya levantando un empréstito con la garantía del dote de mi mujer.

»Hablaremos de esto más despacio.

»No seais muy duro eu las condiciones.

»Os ruego que os paseis por mi hotel de la calle de Agueseau. Mi ayuda de cámara debe tener algunas cuentas que finiquitar. Facilitadle los fondos que necesite.

»Gracias anticipadas.

»ROGER DE AMBARES.

*Al Sr. Alfredo, sastre, calle de la Paz, Paris.*

«Amigo mio:

»Me caso dentro de quince dias.

»Enviadme todo lo que necesito á casa de mi futura, cuyas señas son las siguientes:

»Roger de Ambares, en el castillo de Santa Gilda de la Landas, por Vannes, Morbihan.

»Adios.

»ROGER DE AMBARES.

»P. D.—No os descuideis. Todo lo que me hace falta. ¿Lo entendéis?»

Roger dobló y cerró esta carta y se acostó, con la misma tranquilidad que la marquesa.

Soñó.

Un concurso de circunstancias extraordinarias le protegía.

La escena de la locura de la madre de los Kerandal, no había dejado de influir en el feliz desenlace de sus pretensiones.

Antes solicitaba él; después fué solicitado.

La marquesa sin duda temía un escándalo, y ante esta eventualidad, había conseguido decidir á Nicolasa.

Poco le importaban los móviles á que hubiera podido obedecer Nicolasa.

Lo importante era que había dado su consentimiento.

Ya podría volver á figurar en el gran mundo con todo el esplendor de sus mejores días.

La fortuna de Nicolasa era superior á todas sus esperanzas.

¡Qué de proyectos bullían en su cabeza!

Pondría su casa con el lujo de un palacio.

¡Le habían creído arruinado!

¡Ahora verían que había hallado medios de recuperar su fortuna!

La estrella de Ambares volvería á eclipsar todas las estrellas de París.

Respecto á Juana, su cólera cedería ante las brillantes proposiciones que estaba decidido á hacerla.

La regalaría el hotel en que vivía, y la pasaría una renta de ochenta mil francos al año.

Mas tarde, ella le ahorraría el trabajo de abandonarla.

Era muy hermosa, y al fin encontraría mejor partido.

Al dia siguiente iría á verla á Elven.

Tenía confianza en su habilidad, y no dudaba de su triunfo.

Sabía todo lo que había ocurrido en la torre de Elven por su amigo Máximo.

.....

Binic, mientras soñaba el futuro esposo de su ama, volvía de Vannes, y tomaba el camino de Elven.

La carta de Nicolasa á su amiga Berta Richard estaba ya camino de París.

El palafrenero había llegado antes que el tren, cumpliendo la palabra que había dado á su ama con exposición de su vida.

A media noche llegó á la posada de *El Condestable*.

A aquella hora todos dormían en la pequeña aldea.

Binic llamó.

—Por el modo de llamar, juraría que es Binic, dijo el mozo de la cuadra desperezándose.

—¡Quién, gritó?



- Soy yo, Binic, abre.
- ¿Qué quieres?
- Entregar una carta á la jóven enferma.
- De poco la va á servir. Sigue mal, muy mal.
- ¡Muy mal!
- Se cree que no saldrá del día de mañana. Ya ha estado á verla el señor rector.
- ¡Desgraciada! exclamó Binic. Habrá perdido la cabeza.
- No la falta motivo, dijo el mozo de cuadra. Pero voy á dar un pienso á tu caballo mientras tú desempeñas tu comisión.
- Dale el pienso abundante, dijo Binic, que bien lo ha ganado.
- Binic se dirigió á la cocina.
- Un silencio sepulcral reinaba en la posada.
- Al encender una cerilla, vió en un rincón un bulto que se movía.
- Era Marta, que se había despertado al ruido que hizo la puerta de la cocina al girar sobre sus goznes.
- ¿Eres tú, Binic? dijo al reconocer al palafrenero.
- ¿No te has acostado?
- Tenemos que cuidar á la enferma.
- Binic encendió luz.
- Sígueme, dijo á Marta, y no hagas ruido.
- ¿A dónde vamos?
- Al cuarto de la enferma. Necesito verla.
- Clándio Kerandal seguía al lado de Juana.

- No se separaba de ella hacía veinticuatro horas.
- La señora Jacut dormía profundamente en un ancho sillón que había á los piés de la cama.
- Una luz que había en la mesa de noche, iluminaba el lívido semblante de Juana.
- Binic se acercó al doctor, y le mostró el pliego que había confiado á su lealtad Nicolasa.
- Es para esta señorita, dijo.
- Y señalándola con la mano, añadió:
- ¿Duerme?
- ¡Triste sueño! exclamó Clándio. ¡Quién sabe si despertará de él!
- ¿Y la señora Jacut?
- La ha rendido la fatiga. No la despertéis.
- Binic no sabía qué hacer del pliego que tenía en la mano.
- Sin embargo, el aspecto franco y simpático de Clándio le tranquilizó.
- Escuchadme, le dijo. Mi señora me ha encargado que no entregue estos papeles más que á la enferma ó á la señora Jacut. No debía saber que os hallaría aquí. ¿Quereis encargáros de ellos? Parece que son muy importantes.
- Bien. Se los entregaré á la señora Jacut en cuanto se despierte. Dile á tu señora que probablemente la enferma no los leerá nunca. Si mis temores se realizan, esos papeles serán devueltos á la señorita de Fonterose.